

—¿Infierno le llamáis!—dijo Don Quijote—Pues no le llaméis así, por que no lo merece, como luego veréis.

Pidió que le diesen algo de comer; que traía grandísima hambre. Tendieron la arpillera del primo sobre la verde yerba, acudieron a la despensa de sus alforjas, y sentados todos tres, en buen amor y compañía, merendaron y cenaron todo junto.

CAPÍTULO XXIV

*Donde se cuentan mil zarandajas tan
impertinentes como necesarias al verdadero entendi-
miento desta grande historia.*

Estando en esto, vieron que hacia donde ellos estaban venía un hombre a pie, caminando apriesa, y dando varazos a un macho que venía cargado de lanzas y de alabardas. Cuando llegó a ellos, los saludó, y pasó de largo. Don Quijote le dijo:

—Buen hombre, deteneos; que parece que váis con más diligencia que ese macho ha menester.

—No me puedo detener, señor—respondió el hombre—, porque las armas, que véis que aquí llevo, han de servir acaso mañana; y así, me es forzoso el no detenerme; y a Dios. Pero si quisieredes saber para qué las llevo, en la venta, que está más arriba de la ermita, pienso alojar esta noche; y si es que hacéis este mesmo camino, allí me hallaréis, donde os contaré maravillas; y a Dios otra vez.

Y de tal manera aguijó el macho, que no tuvo lugar Don Quijote de preguntarle qué maravillas eran las que pensaba decirles; y como él era algo curioso, y siempre le fatigaban deseos de saber cosas nuevas, ordenó que al momento se partiesen, y fuesen a pasar la noche en la venta, sin tocar en la ermita, donde quisiera el primo que se quedarán.

Hízose así, subieron a caballo, y siguieron todos tres el derecho camino de la venta y la ermita, a la cual llegaron un poco antes de anochecer. Dijo el primo a Don Quijote que llegasen a ella a beber un trago. Apenas oyó esto Sancho Panza, cuando encaminó el Rucio a la ermita, y lo mismo hicieron Don Quijote y el primo; pero la mala suerte de Sancho parece que ordenó que el ermitaño no estuviese en casa; que así se lo dijo una sotaermitaño que en la ermita hallaron.

Pidiéronle de lo caro. Respondió que su señor no lo tenía; pero que si querían agua barata, que se la daría de muy buena gana.

—Si yo la tuviera de agua—respondió Sancho—pozos hay en el camino, donde la hubiera satisfecho. ¡Ah, bodas de Camacho, y abundancia de la casa de don Diego, y cuántas veces os tengo de echar menos!

Con esto dejaron la ermita y picaron hacia la venta, y a poco trecho toparon un mancebito, que delante dellos iba caminando no con mucha priesa, y así le alcanzaron. Llevaba la espada sobre el hombro, y en ella puesto un bulto o envoltorio, al parecer, de sus vestidos, que debían de ser los calzones o gregüescos y herreruelo y alguna camisa; porque traía puesta una ropilla de terciopelo con algunas vislumbres de raso, y la camisa de fuera; las medias eran de seda, y los zapatos cuadrados, a uso de Corte; la edad llegaría a diez y ocho o diez y nueve años; alegre de rostro, y, al parecer, ágil de su persona: iba cantando seguidillas para entretener el trabajo del camino. Cuando llegaron a él, acababa de cantar una, que el primo tomó de memoria, que dicen que decía:

—A la guerra me lleva
mi necesidad,
si tuviera dineros,
no fuera en verdad.

El primero que le habló fué Don Quijote, diciéndole.

—Muy a la ligera camina vuesa merced, señor galán; y ¿adónde bueno? Sepamos, si es que gusta decirlo.

A lo que el mozo respondió:

—El caminar tan a la ligera lo causa el calor y la pobreza, y adonde voy es a la guerra.

—¿Cómo la pobreza?—preguntó Don Quijote—Que por el calor bien puede ser.

—Señor—replicó el mancebo—, yo llevo en este envoltorio unos gregüescos de terciopelo, compañeros desta ropilla: si los gasto en el camino, no me podré honrar con ellos en la ciudad, y no tengo con qué comprar otros; y así por esto como por orearme, voy desta manera hasta alcanzar unas compañías de infantería, que no están doce leguas de aquí, donde asentaré mi plaza, y no faltarán bagajes en que caminar de allí adelante hasta el embarcadero, que dicen ha de ser en Cartagena; y más quiero tener por amo y por señor al Rey, y servirle en la guerra, que no a un pelón en la Corte.

—Y ¿lleva vuesa merced alguna ventaja por ventura?—preguntó el primo.

—Si yo hubiera servido a algún grande de España o algún principal personaje—respondió el mozo—, a buen seguro que yo la llevara; que es tiene el servir a los buenos; que del tinelo suele salir uno a ser alferez capitán, o con algún buen entendimiento; pero yo, ¡desventurado!, serví siempre a catariberas y a gente advenediza, de ración y quitación tan mísera y atenuada, que en pagar el almidonar un cuello se consumía la mitad della; y sería tenido a milagro que un paje aventurero alcanzase alguna siquiera razonable ventura.

—Y dígame por su vida, amigo—preguntó Don Quijote—, ¿es posible que, en los años que sirvió, no ha podido alcanzar alguna librea?

—Dos me han dado—respondió el paje—; pero así como al que se sale de alguna religión antes de profesar le quitan el hábito y le vuelven sus vestidos, así me volvían a mí los míos mis amos; que acabados los negocios, a que venían a la Corte, se volvían a sus casas y recogían las libreas, que por sola ostentación habían dado.

—¡Notable espilorchería!, como dice el italiano—dijo Don Quijote—, pero con todo eso, tenga a felice ventura el haber salido de la Corte con tan buena intención como lleva; porque no hay otra cosa en la tierra más honrada ni de más provecho que servir a Dios primeramente, y luego a su rey y señor natural, especialmente en el ejercicio de las armas, por las cuales se alcanza, si no más riquezas, a lo menos más honra que por las letras, como yo tengo dicho muchas veces; que puesto que han fundado más mayorazgos las letras que las armas, todavía llevan un no sé qué los de las armas a los de las letras, con un sí sé qué de esplendor que se halla en ellos, que los aventaja a todos. Y esto que ahora le quiero decir, llévelo en la memoria, que le será de mucho provecho y alivio de sus trabajos; y es que aparte la imaginación de los sucesos adversos que le podrán venir, que el peor de todos es la muerte, y como ésta sea buena, el mejor de todos es el morir. Preguntáronle a Julio César, aquel valeroso emperador romano, cuál era la mejor muerte. Respondió que la impensada, la de repente y no prevista; y aunque respondió como gentil y ajeno del conocimiento del verdadero Dios, con todo eso, dijo bien, para ahorrarse del sentimiento humano; que puesto caso que os maten en la primera facción y refriega, o ya de un tiro de artillería o volado de una mina, ¿qué importa?, todo es morir, y acabóse la obra; y según Terencio, más bien parece el soldado muerto en la batalla que vivo y salvo en la huida, y tanto alcanza de fama el buen soldado, cuanto tiene de obediencia a sus capitanes y a los que mandarles pueden. Y advertid, hijo, que al soldado, mejor le está el oler a pólvora que a algalia, y que si la vejez os coge en este honroso ejercicio

aunque sea lleno de heridas y estropeado o cojo, a lo menos no os podrá coger sin honra, y tal que no os la podrá menoscabar la pobreza; cuanto más, que ya se va dando orden como se entretengan y remedien los soldados viejos y estropeados, porque no es bien que se haga con ellos lo que suelen hacer los que ahorran y dan libertad a sus negros, cuando ya son viejos y no pueden servir; que echándolos de casa con título de libres, los hacen esclavos de la hambre, de quien no piensan ahorrarse sino con la muerte; y por ahora no os quiero decir más, sino que subáis a las ancas deste mi caballo hasta la venta, y allí cenaréis conmigo, y por la mañana seguiréis el camino, que os le dé Dios tan bueno como vuestros deseos merecen.

El paje no aceptó el convite de las ancas, aunque sí el de cenar con él; y en esto llegaron a la venta a tiempo que anochecía, y no sin gusto de Sancho, por ver que su señor la juzgó por verdadera venta, y no por castillo, como solía.

No hubieron bien entrado, cuando Don Quijote preguntó al ventero por el hombre de las lanzas y alabardas, el cual le respondió que en la caballeriza estaba acomodando el macho; lo mismo hicieron de sus jumentos el primo y Sancho, dando a Rocinante el mejor pesebre y el mejor lugar de la caballeriza.

CAPÍTULO XXV

*Donde se apunta la aventura del rebuzno
y la graciosa del titerero, con las memorables adivi-
nanzas del mono adivino.*

No se le cocía el pan a Don Quijote, como suele decirse, hasta oír y saber las maravillas prometidas del hombre, condutor de las armas. Fuéle a buscar donde el ventero le había dicho que estaba, y hallóle, y díjole que en todo caso le dijese luego lo que le había de decir después, acerca de lo que le había preguntado en el camino. El hombre le respondió:

—Más despacio, y no en pie, se ha de tomar el cuento de mis maravillas; déjeme vuesa merced, señor bueno, acabar de dar recado a mi bestia; que yo le diré cosas que le admiren.

—No quede por eso—respondió Don Quijote—, que yo os ayudaré a todo.

Y así lo hizo, aechándole la cebada y limpiando el pesebre; humildad que obligó al hombre a contarle con buena voluntad lo que le pedía; y

sentándose en un poyo, y Don Quijote junto a él, teniendo por senado y auditorio al primo, al paje, a Sancho Panza y al ventero, comenzó a decir desta manera:

—Sabrán vuesas mercedes que en un lugar que está cuatro leguas y media desta venta, sucedió que a un regidor dél, por industria y engaño de una muchacha, criada suya (y esto es largo de contar), le faltó un asno; y aunque el tal regidor hizo las diligencias posibles por hallarle, no fué posible. Quince días serían pasados, según es pública voz y fama, que el asno faltaba, cuando estando en la plaza el regidor perdidoso, otro regidor del mismo pueblo le dijo: «Dadme albricias, compadre; que vuestro jumento ha parecido.

»—Yo os las mando, y buenas, compadre—respondió el otro—; pero sepamos dónde ha parecido.

»—En el monte—respondió el hallador—le ví esta mañana, sin albarda y sin aparejo alguno, y tan flaco, que era una compasión miralle: quisele antecoger delante de mí y traérosle; pero está ya tan montaraz y tan hurraño, que cuando llegué a él, se fué huyendo y se entró en lo más escondido del monte; si queréis que volvamos los dos a buscarle, dejadme poner esta borrica en mi casa, que luego vuelvo.

»—Mucho placer me haréis—dijo el del jumento—; y yo procuraré pagároslo en la misma moneda.»

Con estas circunstancias todas, y de la mesma manera que yo lo voy contando, lo cuentan todos aquellos que están enterados en la verdad deste caso. En resolución, los dos regidores, a pie y mano a mano, se fueron al monte; y llegando al lugar y sitio donde pensaron hallar el asno, no le hallaron, ni pareció por todos aquellos contornos, aunque más le buscaron.

Viendo, pues que no parecía, dijo el regidor que le había visto al otro: «Mirad, compadre: una traza me ha venido al pensamiento, con la cual sin duda alguna podremos descubrir este animal, aunque esté metido en las entrañas de la tierra, no que del monte; y es que... yo sé rebuznar maravillosamente, y si vos sabéis algún tanto, dad el hecho por concluído.

»—¿Algún tanto decís, compadre!—dijo el otro—. Por Dios, que no dé la ventaja a nadie, ni aun a los mesmos asnos.

»—Ahora lo veremos—respondió el regidor segundo—; porque tengo determinado que os váis vos por una parte del monte, y yo por otra, de modo que le rodeemos y andemos todo; y de trecho en trecho, rebuznare yo; y no podrá ser menos sino que el asno nos oya y nos responda, si es que está en el monte.»

A lo que respondió el dueño del jumento: «Digo, compadre, que la traza es excelente y digna de vuestro gran ingenio»; y dividiéndose los dos, según el acuerdo, sucedió que casi a un mesmo tiempo rebuznaron, y cada uno engañado del rebuzno del otro, acudieron los dos a buscarse, pensando que ya el jumento había parecido; y en viéndose, dijo el perdidoso: «¿Es posible, compadre, que no fué mi asno el que rebuznó?

»—No fué, sino yo—respondió el otro.

»—Ahora digo—dijo el dueño—, que de vos a un asno, compadre, no hay alguna diferencia en cuanto toca al rebuznar, porque en mi vida he visto ni he oído cosa más propia.

»—Esas alabanzas y encarecimientos—respondió el de la traza—, mejor os atañen y tocan a vos que a mí, compadre; que, por el Dios que me crió, que podéis dar dos rebuznos de ventaja al mayor y más perito rebuznador del mundo; porque el sonido que tenéis es alto, lo sostenido de la voz a su tiempo y compás, los dejos muchos y apresurados, y en resolución yo me doy por vencido y os rindo la palma y doy la bandera desta rara habilidad.

»—Ahora digo—respondió el dueño—que me tendré y estimaré en más de aquí adelante, y pensaré que sé alguna cosa, pues tengo alguna gracia; que puesto que pensaba que rebuznaba bien, nunca entendí que llegaba al extremo que decís.

»—También diré yo ahora—respondió el segundo—, que hay raras habilidades perdidas en el mundo, y que son mal empleadas en aquellos que no saben aprovecharse dellas.

»—Las nuestras—respondió el dueño—, si no es en casos semejantes como el que traemos entre manos, no nos pueden servir en otras; y aun en éste, plega a Dios que nos sean de provecho.»

Esto dicho, se tornaron a dividir y a volver a sus rebuznos, y a cada paso se engañaban y volvían a juntarse, hasta que se dieron por contraseña, que para entender que eran ellos y no el asno, rebuznasen dos veces, una tras otra. Con esto, doblando a cada paso los rebuznos, rodearon todo el monte, sin que el perdido jumento respondiese, ni aun por señas. Mas ¿cómo había de responder el pobre y malogrado, si le hallaron en lo más escondido del bosque, comido de lobos! Y en viéndole, dijo su dueño: «Ya me maravillaba yo de que él no respondía, pues a no estar muerto, él rebuznara si nos oyera, o no fuera asno; pero a trueco de haberos oído rebuznar con tanta gracia, compadre, doy por bien empleado el trabajo que he tenido en buscarle, aunque le he hallado muerto.

»—En buena mano está, compadre—respondió el otro—; pues si bien canta el abad, no le va en zaga el monacillo.» Con esto, desconsolados y

roncos, se volvieron a su aldea, adonde contaron a sus amigos, vecinos y conocidos cuanto les había acontecido en la busca del asno, exagerando el uno la gracia del otro en el rebuznar, todo lo cual se supo y se extendió por los lugares circunvecinos; y el diablo, que no duerme, como es amigo de sembrar y derramar rencillas y discordia por do quiera, levantando caramillos en el viento y grandes quimeras de nonada, ordenó e hizo que las gentes de los otros pueblos, en viendo a alguno de nuestra aldea, rebuznasen como dándoles en rostro con el rebuzno de nuestros regidores. Dieron en ello los muchachos, que fué dar en manos y en bocas de todos los demonios del infierno; y fué cundiendo el rebuzno de uno en otro pueblo de manera, que son conocidos los naturales del pueblo del rebuzno, como son conocidos y diferenciados los negros de los blancos, y ha llegado a tanto la desgracia y desta burla, que muchas veces, con mano armada y formando escuadrón, han salido contra los burladores los burlados a darse batalla, sin poderlo remediar Rey ni Roque, ni temor, ni vergüenza. Yo creo que mañana o esotro día han de salir en campaña los de mi pueblo, que son los del rebuzno contra otro lugar que está a dos leguas del nuestro, que es uno de los que más nos persiguen; y por salir bien apercibidos, llevo compradas estas lanzas y alabardas que habéis visto. Y estas son las maravillas que dije que os había de contar; y si no os lo han parecido, no sé otras.

Y con esto dió fin a su plática el buen hombre.

Y en esto entró por la puerta de la venta un hombre, todo vestido de camuza, medias, gregüescos y jubón, y con voz levantada dijo:

—Señor huésped, ¿hay posada? Que viene aquí el mono adivino y el retablo de la libertad de Melisendra.

—¡Cuerpo de tal!—dijo el ventero—¿Que aquí está el señor Maese Pedro? Buena noche se nos apareja. (Olvidábaseme de decir como el tal maese Pedro traía cubierto el ojo izquierdo y casi medio carrillo con un parche de tafetán verde, señal que todo aquel lado debía de estar enfermo.) Y el ventero prosiguió diciendo: Sea bien venido vuesa merced, señor Maese Pedro; ¿adónde está el mono y el retablo, que no los veo?

—Ya llegan cerca—respondió el todo camuza—, sino que yo me he adelantado a saber si hay posada.

—Al mismo Duque de Alba se la quitara, para dársela al señor Maese Pedro—respondió el ventero—; llegue el mono y el retablo; que gente hay esta noche en la venta, que pagará el verle y las habilidades del mono.

—Sea en buen hora—respondió el del parche—; que yo moderaré el precio, y con sola la costa me daré por bien pagado; y yo vuelvo a hacer que

camine la carreta donde viene el mono y el retablo; y luego se volvió a salir de la venta.

Preguntó luego Don Quijote al ventero qué Maese Pedro era aquél, y qué retablo y qué mono traía.

A lo que respondió el ventero:

—Este es un famoso titerero, que ha muchos días que anda por esta Mancha de Aragón, enseñando un retablo de la libertad de Melisendra, dada por el famoso don Gaiferos, que es una de las mejores y más bien representadas historias que de muchos años a esta parte en este reino se han visto. Trae asimismo consigo un mono, de las más rara habilidad que se vió entre monos, ni se imaginó entre hombres; porque si le preguntan algo, está atento a lo que le preguntan, y luego salta sobre los hombros de su amo, y legándosele al oído, le dice la respuesta de lo que le preguntan, y Maese Pedro la declara luego; y de las cosas pasadas dice mucho más que de las que están por venir; y aunque no todas veces acierta en todas, en las más no yerra, de modo que nos hace creer que tiene el diablo en el cuerpo. Dos reales lleva por cada pregunta, si es que el mono responde; quiero decir, si responde el amo por él, después de haberle hablado al oído; y así, se cree que el tal Maese Pedro esta riquísimo; y es hombre galante, como dicen en Italia, y *bon compañero*, y dase la mejor vida del mundo; habla más que seis y bebe más que doce, todo a costa de su lengua y de su mono y de su retablo.

En esto volvió el Maese Pedro, y en una carreta venía el retablo y el mono, grande y sin cola, con las posaderas de fieltro, pero no de mala cara; y apenas le vió Don Quijote, cuando le preguntó:

—Dígame vuesa merced, señor adivino, ¿qué pexe pillamo? ¿Qué ha de ser de nosotros? Y vea aquí mis dos reales:

Y mandó a Sancho que se los diese a Maese Pedro, el cual respondió por el mono y dijo:

—Señor, este animal no responde ni da noticia de las cosas que están por venir; de las pasadas sabe algo, y de las presentes algún tanto.

—¡Voto a Rus!—dijo Sancho—No dé yo un ardite porque me digan lo que por mí ha pasado; porque ¿quién lo puede saber mejor que yo mismo? Y pagar yo por que me digan lo que sé, sería una gran necedad; pero pues sabe las cosas presentes, he aquí mis dos reales, y dígame el señor monísimo, ¿qué hace ahora mi mujer Teresa Panza, y en qué se entretiene?

No quiso tomar Maese Pedro el dinero, diciendo:

—No quiero recibir adelantados los premios, sin que hayan precedido los servicios.

Y dando con la mano derecha dos golpes sobre el hombro izquierdo, en un brinco se le puso el mono en él, y llegando la boca al oído, daba diente con diente muy apriesa; y habiendo hecho este ademán por espacio de un credo, de otro brinco se puso en el suelo, y al punto, con grandísima priesa, se fué Maese Pedro a poner de rodillas ante Don Quijote, y abrazándole las piernas, dijo:

—Estas piernas abrazo, bien así como si abrazara las dos columnas de Hércules, ¡oh, resucitador insigne de la ya puesta en olvido andante caballería!, ¡oh, no jamás como se debe alabado caballero, Don Quijote de la Mancha, ánimo de los desmayados, arrimo de los que van a caer, brazo de los caídos, báculo y consuelo de todos los desdichados!

Quedó pasmado Don Quijote, absorto Sancho, suspenso el primo, atónito el paje, abobado el del rebuzno, confuso el ventero, y finalmente espantados todos los que oyeron las razones del titerero, el cual prosiguió diciendo:

—Y tú, ¡oh, buen Sancho Panza, el mejor escudero y del mejor caballero del mundo!, alégrate; que tu buena mujer Teresa está buena, y esta es la hora en que ella está rastrillando una libra de lino; y por más señas, tiene a su lado izquierdo un jarro desbocado, que cabe un buen porqué de vino, con que se entretiene en su trabajo.

—Eso creo yo muy bien—respondió Sancho—, porque es ella una bienaventurada, y a no ser celosa, no la trocará yo por la gigante Andandona, que, según mi señor, fué una mujer muy cabal y muy de pro; y es mi Teresa de aquellas que no se dejan mal pasar, aunque sea a costa de sus herederos.

—Ahora digo—dijo a esta sazón Don Quijote—, que el que lee mucho y anda mucho, y ve mucho, sabe mucho. Digo esto porque, ¿qué persuasión fuera bastante para persuadirme que hay monos en el mundo que advinen, como lo he visto ahora por mis propios ojos? Porque yo soy el mismo Don Quijote de la Mancha, que este buen animal ha dicho (puesto que se ha extendido algún tanto en mis alabanzas); pero, como quiera que yo me sea, doy gracias al cielo, que me dotó de un ánimo blando y compasivo, inclinado a hacer bien a todos, y mal a ninguno.

—Si yo tuviera dineros—dijo el paje—, preguntara al señor mono qué me ha de suceder en la peregrinación que llevo.

A lo que respondió Maese Pedro (que ya se había levantado de los pies de Don Quijote):

—Ya he dicho que esta bestezuela no responde a lo por venir; que si respondiera, no importara no haber dineros; que por servicio del señor Don

Quijote, que está presente, dejara yo todos los intereses del mundo; y agora (porque se lo debó, y por darle gusto) quiero armar mi retablo y dar placer a cuantos están en la venta sin paga alguna.

Oyendo lo cual el ventero, alegre sobre manera, señaló el lugar donde se podía poner el retablo, que en un punto fué hecho.

Don Quijote no estaba muy contento con las adivinanzas del mono, por parecerle no ser a propósito que un mono adivinase ni las de por venir ni las pasadas cosas; y así, en tanto que Maese Pedro acomodaba el retablo, se retiró Don Quijote con Sancho a un rincón de la caballeriza, donde, sin ser oídos de nadie, le dijo:

—Mira Sancho; yo he considerado bien la extraña habilidad deste mono, y hallo por mi cuenta que sin duda este Maese Pedro su amo, debe de tener hecho pacto, tácito o expreso, con el demonio.

—Si el patio es espeso y del demonio—dijo Sancho—, sin duda debe de ser muy sucio patio; pero ¿de qué provecho le es al tal maese Pedro tener esos patios?

—No me entiendes, Sancho; no quiero decir sino que debe de tener hecho algún concierto con el demonio, de que infunda esa habilidad en el mono, con que gane de comer, y después que esté rico, le dará su alma, que es lo que este universal enemigo pretende; y háceme creer esto el ver que el mono no responde sino a las cosas pasadas o presentes, y la sabiduría del diablo no se puede extender a más; que las por venir no las sabe si no es por conjeturas, y no todas veces; que a sólo Dios está reservado conocer los tiempos y los momentos, y para él no hay pasado ni por venir, que todo es presente.

Estando en esto, llegó Maese Pedro a buscar a Don Quijote y decirle que ya estaba en orden el retablo; que su merced viniese a verle, porque lo merecía.

Obedecieronle Don Quijote y Sancho, y vinieron donde ya estaba el retablo puesto y descubierto, lleno por todas partes de candelillas de cera encendidas, que le hacían vistoso y resplandeciente. En llegando, se metió Maese Pedro dentro dél, que era el que había de manejar las figuras del artificio, y fuera se puso un muchacho, criado de Maese Pedro, para servir de intérprete y declarador de los misterios del tal retablo; tenía una varilla en la mano, con que señalaba las figuras que salían, Puestos, pues, todos cuantos había en la venta, y algunos en pie, frontero del retablo, y acomodados Don Quijote, Sancho, el paje y el primo en los mejores lugares, el trujamán comenzó a decir lo que oírá o verá el que leyere o oyere el capítulo siguiente.

CAPÍTULO XXVI

*Donde se prosigue la graciosa aventura del titerero,
con otras cosas en verdad harto buenas.*

Callaron todos, tirios y troyanos; quiero decir, pendientes estaban, todos los que el retablo miraban, de la boca del declarador de sus maravillas, cuando se oyeron sonar en el retablo cantidad de atabales y trompetas y dispararse mucha artillería, cuyo rumor pasó en tiempo breve, y luego alzó la voz el muchacho, y dijo:

—Esta verdadera historia que aquí a vuestas mercedes se representa, es sacada al pie de la letra de las corónicas francesas, y de los romances españoles, que andan en boca de las gentes y de los muchachos por esas calles. Trata de la libertad que dió el señor don Gaiferos a su esposa Melisendra, que estaba cautiva en España, en poder de moros, en la ciudad de Sansueña, que así se llamaba entonces la que hoy se llama Zaragoza. Y vean vuestas mercedes allí cómo está jugando a las tablas don Gaiferos, según aquello que se canta:

Jugando está a las tablas don Gaiferos;
que ya de Melisendra está olvidado.

Y aquel personaje que allí asoma, con corona en la cabeza y cetro en las manos, es el emperador Carlo Magno, padre putativo de la tal Melisendra, el cual, mohino de ver el ocio y descuido de su yerno, le sale a reñir: y adviertan con la vehemencia y ahinco que le riñe, que no parece sino que le quiere dar con el cetro media docena de coscorrones; y aun hay autores que dicen que se los dió, y muy bien dados; y después de haberle dicho muchas cosas acerca del peligro que corría su honra en no procurar la libertad de su esposa, dicen que le dijo:

Harto os he dicho, miradlo.

Miren vuestas mercedes también cómo el emperador vuelve las espaldas y deja despechado a don Gaiferos, el cual ya ven cómo arroja, impaciente de la cólera, lejos de sí el tablero y las tablas, y pide apriesa las armas, y a don Roldán, su primo, pide prestada su espada Durindana; y cómo don Roldán no se la quiere prestar, ofreciéndole su compañía en la difícil empresa en que se pone; pero el valeroso enojado no la quiere aceptar; antes dice que él solo es bastante para sacar a su esposa, si bien estuviese me-

tida en el más hondo centro de la tierra; y con esto se entra a armar, para ponerse luego en camino. Vuelvan vuestas mercedes los ojos a aquella torre que allí parece, que se supone que es una de las torres del alcázar de Zaragoza, que ahora llaman la Aljafería; y aquella dama que en aquel balcón parece, vestida a lo moro, es la sin par Melisendra, que desde allí muchas veces se ponía a mirar el camino de Francia, y puesta la imaginación en París y en su esposo, se consolaba en su cautiverio.

Esta figura que aquí parece a caballo, cubierta con una capa gascona, es la mesma de don Gaiferos, a quien su esposa, con mejor y más sosegado semblante, puesta a los miradores de la torre, sin conocerle ha visto, y habla con su esposo, creyendo que es algún pasajero, con quien pasó todas aquellas razones y coloquios de aquel romance, que dice:

Caballero, si a Francia ides,
por Gaiferos preguntad.

Las cuales no digo yo ahora, porque de la proligidad se suele engendrar el fastidio; basta ver cómo don Gaiferos se descubre, y que por los ademanes alegres que Melisendra hace, se nos da a entender que ella le ha conocido; y más ahora, que vemos se descuelga del balcón para ponerse en las ancas del caballo de su buen esposo. Mas, ¡ay, sin ventura!, que se le ha asido una punta del faldellín de uno de los hierros del balcón, y está pendiente en el aire, sin poder llegar al suelo. Pero véis cómo el piadoso cielo socorre en las mayores necesidades, pues llega don Gaiferos, y sin mirar si se rasgará o no el rico faldellín, ase della, y mal su grado la hace bajar al suelo, y luego de un brinco la pone sobre las ancas de su caballo a horcajadas, como hombre, y la manda que se tenga fuertemente y le eche los brazos por las espaldas, de modo que los cruce en el pecho porque no se caiga, a causa que no estaba la señora Melisendra acostumbrada a semejantes caballerías. Véis también cómo los relinchos del caballo dan señales que va contento con la valiente y hermosa carga que lleva en su señor y señora. Véis cómo vuelven las espaldas y salen de la ciudad, y alegres y regocijados toman de París la vía. Váis en paz, ¡oh, par sin par de verdaderos amantes!, lleguéis a salvamento a vuestra deseada patria, sin que la fortuna ponga estorbo en vuestro felice viaje: los ojos de vuestros amigos y parientes os vean gozar en paz tranquila los días (que los de Néstor sean) que os quedan de la vida.

Aquí alzó la voz Maese Pedro, y dijo:

—Llaneza, muchacho: no te encumbres; que toda afectación es mala. No respondió nada el intérprete; antes prosiguió diciendo:

—No faltaron algunos ociosos ojos, que lo suelen ver todo, que no viesen

la bajada y la subida de Melisendra, de quien dieron noticia al rey Marsilio, el cual mandó luego tocar al arma; y ¡miren con qué priesa!, que ya la ciudad se hunde con el son de las campanas que en todas las torres de las mezquitas suenan.

—Eso no—dijo a esta sazón Don Quijote—; en esto de las campanas anda muy impropio Maese Pedro, porque entre moros no se usan campanas, sino atabales y un género de dulzainas que parecen nuestras chirimías; y esto de sonar campanas en Sansueña, sin duda que es un gran disparate.

Lo cual oído por Maese Pedro, cesó el tocar, y dijo:

—No mire vuesa merced en niñerías, señor Don Quijote, ni quiera llevar las cosas tan por el cabo, que no se le halle. ¿No se representan por ahí, casi de ordinario, mil comedias llenas de mil impropiedades y disparates, y con todo eso corren felicísimamente su carrera, y se escuchan, no sólo con aplauso, sino con admiración y todo? Prosigue, muchacho, y deja decir; que como yo llene mi talego, siquiera represente más impropiedades que tiene átomos el sol.

—Así es la verdad—replicó Don Quijote.

Y el muchacho dijo:

—Miren ¡cuánta y cuán lucida caballería sale de la ciudad en seguimiento de los dos católicos amantes! ¡Cuántas trompetas que suenan, cuántas dulzainas que tocan y cuántos atabales y atambores que retumban! Téme-me que los han de alcanzar y los han de volver atados a la cola de su mismo caballo, que sería un horrendo espectáculo.

Viendo y oyendo, pues, tanta morisma y tanto estruendo Don Quijote, parecióle ser bien dar ayuda a los que huían; y levantándose en pie, en voz alta dijo:

—No consentiré yo que en mis días y en mi presencia se le haga superchería a tan famoso caballero y a tan atrevido como don Gaíferos. Deteneos mal nacida canalla; no le sigáis ni persigáis; si no, conmigo sois en batalla.

Y diciendo y haciendo, desenvainó la espada, y de un brinco se puso junto al retablo, y con acelerada y nunca vista furia comenzó a llover cuchilladas sobre la titerera morisma, derribando a unos, descabezando a otros, estropeando a éste, destrozando a aquél; y entre otros muchos tiró un altibajo tal, que si Maese Pedro no se abaja, se encoge y agazapa, le cercenara la cabeza con más facilidad que si fuera hecha de masa de mazapán.

Daba voces Maese Pedro, diciendo:

—Deténgase vuesa merced, señor Don Quijote, y advierta que estos que derriba, destroza y mata no son verdaderos moros, sino unas figu-

rillas de pasta: mire, ¡pecador de mí!, que me destruye y echa a perder toda mi hacienda.

Mas no por esto dejaba de menudear Don Quijote cuchilladas, mandobles, tajos y reveses como llovidos. Finalmente, en menos de dos credos dió con todo el retablo en el suelo, hechas pedazos y desmenuzadas todas sus jarcias y figuras, el rey Marsilio mal herido, y el emperador Carlo Magno partida la corona y la cabeza en dos partes. Alborotóse el senado de los oyentes, huyóse el mono por los tejados de la venta, temió el primo, acobardóse el paje, y hasta el mismo Sancho Panza tuvo pavor grandísimo; porque, como él juró después de pasada la borrasca, jamás había visto a su señor con tan desatinada cólera.

Hecho, pues, el general destrozo del retablo, sosegóse un poco Don Quijote, y dijo:

—Quisiera yo tener aquí delante en este punto todos aquellos que no creen ni quieren creer de cuánto provecho sean en el mundo los caballeros andantes. Miren, si no me hallara yo aquí presente, ¡qué fuera del buen don Gaíferos y de la hermosa Melisindra! A buen seguro que ésta fuera ya la hora que los hubieran alcanzado estos canes, y les hubieran hecho algún desaguisado. En resolución, ¡viva la andante caballería sobre cuantas cosas hoy viven en la tierra!

—Viva en hora buena—dijo a esta sazón con voz enfermiza Maese Pedro—, y muera yo, pues soy tan desdichado, que puedo decir con el rey don Rodrigo:

Ayer fui señor de España,

.....
y hoy no tengo una almena
que pueda decir que se mía.

No ha media hora, ni aun mediano momento, que me ví señor de reyes y de emperadores, llenas mis caballerizas y mis cofres y sacos de infinitos caballos y de innumerables galas, y agora me veo desolado y abatido, pobre y mendigo, y sobre todo, sin mi mono; que a fe que primero que le vuelva a mi poder, me han de sudar los dientes; y todo por la furia mal considerada deste señor caballero, de quien se dice que ampara pupilos y endereza tuertos, y hace otras obras caritivas; y en mí solo ha venido a faltar su intención generosa: ¡que sean benditos y alabados los cielos allá donde tienen más levantados sus asientos! En fin, el Caballero de la Triste Figura había de ser aquel que había de desfigurar las mías.

Enternecióse Sancho Panza con las razones de Maese Pedro, y díjole: —No llores, Maese Pedro, ni te lamentes; que me quiebras el corazón;

porque te hago saber que es mi señor Don Quijote tan católico y escrupuloso cristiano, que si él cae en la cuenta de que te ha hecho algún agravio, te lo sabrá y te lo querrá pagar y satisfacer con muchas ventajas.

—Con que me pagase el señor Don Quijote alguna parte de las hechuras que me ha deshecho, quedaría contento, y su merced aseguraría su conciencia, porque no se puede salvar quien tiene lo ajeno contra la voluntad de su dueño, y no lo restituye.

—Así es—dijo Don Quijote—; pero hasta ahora yo no sé que tenga nada vuestro, Maese Pedro.

—¿Cómo no?—respondió Maese Pedro—Y estas reliquias que están por este duro y estéril suelo, ¿quién las espareció y aniquiló, sino la fuerza invencible dese poderoso brazo? Y ¿cuyos eran sus cuerpos, sino míos? Y ¿con quién me sustentaba yo, sino con ellos?

—Ahora acabo de creer—dijo a este punto Don Quijote—lo que otras muchas veces he creído: que estos encantadores que me persiguen, no hacen sino ponerme las figuras como ellas son delante de los ojos, y luego me las mudan y truecan en las que ellos quieren. Real y verdaderamente os digo, señores que me oís, que a mí me pareció, todo lo que aquí ha pasado, que pasaba al pie de la letra: que Melisendra era Melisendra; don Gaiferos, don Gaiferos; Marsilio, Marsilio; y Carlo Magno, Carlo Magno; por eso se me alteró la cólera, y por cumplir con mi profesión de caballero andante, quise dar ayuda y favor a los que huían; y con este buen propósito hice lo que habéis visto. Si me ha salido al revés, no es culpa mía, sino de los malos que me persiguen; y con todo esto, deste mi yerro, aunque no ha procedido de malicia, quiero yo mismo condenarme en costas: vea Maese Pedro lo que quiere por las figuras deshechas; que yo me ofrezco a pagárselo luego en buena y corriente moneda castellana.

Inclinósele Maese Pedro, diciéndole:

—No esperaba yo menos de la inaudita cristiandad del valeroso Don Quijote de la Mancha, verdadero socorredor y amparo de todos los necesitados y menesterosos vagamundos; y aquí el señor ventero y el gran Sancho serán medianeros y apreciadores, entre vuesa merced y mi, de lo que valen y podían valer las ya deshechas figuras.

El ventero y Sancho dijeron que así lo harían, y luego Maese Pedro alzó del suelo con la cabeza menos al rey Marsilio de Zaragoza, y dijo:

—Ya se ve cuán imposible es volver a este rey a su ser primero; y así me parece, salvo mejor juicio, que se me dé por su muerte, fin y acabamiento, cuatro reales y medio.

—Adelante—dijo Don Quijote.

—Pues por esta abertura de arriba abajo—prosiguió Maese Pedro, tomando en las manos al partido emperador Carlo Magno—, no sería mucho que pidiese yo cinco reales y un cuartillo.

—No es poco—dijo Sancho.

—Ni mucho—replicó el ventero—; médiase la partida, y señálense cinco reales.

—Dénsese todos cinco y el cuartillo—dijo Don Quijote—; que no está en un cuartillo más o menos la monta desta notable desgracia; y acabe presto Maese Pedro, que se hace hora de cenar, y yo tengo ciertos barruntos de hambre.

—Por esta figura—dijo Maese Pedro—, que está sin narices y con un ojo menos, que es de la hermosa Melisendra, quiero, y me pongo en lo justo, dos reales y doce maravedís.

—¡Aun ahí sería el diablo—dijo Don Quijote—, si ya no estuviese Melisendra con su esposo, por lo menos en la raya de Francia! Porque el caballo en que iban, a mí me pareció que antes volaba que corría; y así, no hay para qué venderme a mí el gato por liebre, presentándome aquí a Melisendra desnarigada, estando la otra, si viene a mano, ahora holgándose en Francia. Ayude Dios con lo suyo a cada uno, señor Maese Pedro, y caminemos todos con pie llano y con intención sana... y prosiga.

Maese Pedro, que vio que Don Quijote izquierdaba, y que volvía a su primer tema, no quiso que se le escapase; y así, le dijo:

—Esta no debe de ser Melisendra, sino alguna de las doncellas que la servían; y así, con sesenta maravedís que me den por ella, quedaré contento y bien pagado.

Destá manera fué poniendo precios a otras muchas destrozadas figuras, que después los moderaron los dos jueces árbitros con satisfacción de las partes, y llegaron a cuarenta reales y tres cuartillos; y además desto, que luego lo desembolsó Sancho, pidió Maese Pedro dos reales por el trabajo de tomar el mono.

—Dáselos, Sancho—dijo Don Quijote—, no para tomar el mono, sino la mona; y docientos diera yo ahora en albricias a quien me dijera con certidumbre que la señora doña Melisendra y el señor Gaiferos estaban ya en Francia y entre los suyos.

—Ninguno nos lo podría decir mejor que mi mono—dijo Maese Pedro—; pero no habrá diablo que ahora le tome; aunque imagino que el cariño y la hambre le han de forzar a que me busque esta noche; y amanecerá Dios y veremonos.

En resolución, la borrasca del retablo se acabó, y todos cenaron en paz

y en buena compañía a costa de Don Quijote, que era liberal en todo extremo. Antes que amaneciese, se fué el que llevaba las lanzas y las alabardas, y ya después de amanecido, se vinieron a despedir de Don Quijote el primo y el paje, el uno para volverse a su tierra, y el otro a proseguir su camino, para ayuda del cual le dió Don Quijote una docena de reales. Maese Pedro no quiso entrar en más dimes ni diretes con Don Quijote, a quien él conocía muy bien; y así, madrugó antes que el sol, y cogiendo las reliquias de su retablo y a su mono, se fué también a buscar sus aventuras. El ventero, que no conocía a Don Quijote..., tan admirado le tenían sus locuras como su liberalidad. Finalmente, Sancho le pagó muy bien por orden de su señor; y despidiéndose dél casi a las ocho del día, dejaron la venta y se pusieron en camino, donde los dejaremos ir; que así conviene para dar lugar a contar otras cosas pertenecientes a la declaración desta famosa historia.

CAPÍTULO XXVII

Donde se da cuenta quiénes eran Maese Pedro y su mono, con el mal suceso que Don Quijote tuvo en la aventura del rebuzno, que no la acabó como él quisiera y como lo tenía pensado.

Entra Cide Hamete, coronista desta grande historia, con estas palabras en este capítulo: *Juro como católico cristiano...* A lo que su traductor dice que en jurar Cide Hamete como católico cristiano, siendo él moro, como sin duda lo era, no quiso decir otra cosa, sino que así como el católico cristiano, cuando jura, jura o debe jurar verdad, y decirla en lo que dijere, así él la decía como si jurara como cristiano católico, en lo que quería escribir de Don Quijote, especialmente en decir quién era Maese Pedro, y quién el mono adivino, que traía admirados todos aquellos pueblos con sus adivinanzas.

Dice, pues, que bien se acordará el que hubiere leído la primera parte desta historia, de aquel Ginés de Pasamonte, a quien, entre otros galeotes, dió libertad Don Quijote en Sierra Morena, beneficio que después le fué mal agradecido y peor pagado de aquella gente maligna y mal acostumbrada. Este Ginés de Pasamonte a quien Don Quijote llamó don Ginesillo de Paropillo, fué el que hurtó a Sancho Panza el Rucio; que por no haberse puesto el cómo ni el cuándo en la primera parte, por culpa de los impre-

sos ha dado en qué entender a muchos, que atribuían a poca memoria del autor la falta de emprenta. Pero en resolución, Ginés le hurtó estando sobre él durmiendo Sancho Panza, usando de la traza y modo que usó Brunelo cuando, estando Sacripante sobre Albraca sacó el caballo de entre las piernas, y después le cobró Sancho, como se ha contado.

Este Ginés, pues, temeroso de no ser hallado de la justicia, que le buscaba para castigarle de sus infinitas bellaquerías y delitos, que fueron tantos y tales, que él mismo compuso un gran volumen contándolos, determinó pasarse al reino de Aragón y cubrirse el ojo izquierdo, acomodándose al oficio de titerero; que esto y el jugar de manos lo sabía hacer por extremo. Sucedió, pues, que de unos cristianos, ya libres, que venían de Berbería, compró aquel mono, a quien enseñó que en haciéndole cierta señal se le subiese en el hombro, y le murmurase, o lo pareciese, al oído. Hecho esto, antes que entrase en el lugar donde entraba con su retablo y mono, se informaba en el lugar más cercano, o de quien él mejor podía, qué cosas particulares hubiesen sucedido en tal lugar, y a qué personas; y llevándolas bien en la memoria, lo primero que hacía era mostrar su retablo, el cual unas veces era de una historia, y otras de otra; pero todas alegres y regocijadas y conocidas.

Acabada la muestra, proponía las habilidades de su mono, diciendo al pueblo que adivinaba todo lo pasado y lo presente, pero que en lo de porvenir no se daba maña. Por la respuesta de cada pregunta pedía dos reales, y de algunas hacía barato, según tomaba el pulso a los preguntantes; y como tal vez llegaba a las casas de quien él sabía los sucesos de los que en ella moraban, aunque no le preguntasen nada por no pagarle, él hacía la seña al mono, y luego decía que le había dicho tal y tal cosa, que venía de molde con lo sucedido. Con esto cobraba crédito inefable, y andábanse todos tras él; otras veces, como era tan discreto, respondía de manera que las respuestas venían bien con las preguntas; y como nadie le apuraba ni le apretaba a que dijese cómo adivinaba su mono, a todos hacía mamonas, y llenaba sus esqueros. Así como entró en la venta, conoció a Don Quijote y a Sancho, por cuyo conocimiento le fué fácil poner en admiración a Don Quijote y a Sancho Panza y a todos los que en ella estaban; pero hubiérale de costar caro, si Don Quijote bajara un poco más la mano, cuando cortó la cabeza al rey Marsilio y destruyó toda su caballería, como queda dicho en el antecedente capítulo.

Esto es lo que hay que decir de Maese Pedro y de su mono; y volviendo a Don Quijote de la Mancha, digo, que después de haber salido de la venta, determinó de ver primero las riberas del río Ebro y todos aquellos con-